

y no paró hasta el istmo de Corinto, donde por fin consiguieron los bizantinos detener y escarmentar a los invasores. Estas hordas se hicieron mas profundamente dañinas al imperio que todas las otras que hasta entonces habian asolado sus provincias, porque a las depredaciones espantosas de las demás añadieron el sistema fatal de llevarse cuantos prisioneros podian en calidad de esclavos al otro lado del Danubio, desdoblado así las mas ricas comarcas de la península.

Justiniano estaba muy lejos de mirar con indiferencia la ruina de sus mejores provincias europeas y concibió el plan de transformar todo el país entre el Danubio y el istmo de Corinto en una vasta plaza fuerte ó campamento atrincherao, fortificando convenientemente los puntos mas estratégicos no solamente en las fronteras, sino tambien en el interior de la península, en especial en muchas ciudades, a cuyas fortificaciones añadió nuevas obras de defensa. Ya desde el año 530 habia principiado a reforzar notablemente la linea del Danubio que con tanta tenacidad como buen éxito supieron conservar hasta principios del siglo VII los hombres de estado del imperio. Despues, detrás de esta linea defensiva, trazó otra que pasando por la Dardania y la Mesia meridional, terminaba en los desfiladeros de los Balcanes. Finalmente dispuso una tercera linea defensiva que arrancando de la costa del Adriático debia pasar por el Mediodía de la Macedonia y la Tracia y acabar en las fortalezas costaneras del Mar de Mármara, del Quersoneso y de la muralla de Anastasio. Para la defensa de la península griega acordó construir ciudadelas en los desfiladeros mas principales, y plazas bien fortificadas en el interior, como Larisa, Tebas, Negroponto (Calcis), Atenas, Megara y Corinto.

Todas estas obras de defensa debian contribuir poderosamente a la conservacion del territorio, impidiendo las invasiones y devastaciones de aquellas hordas salvajes del Norte cuyos individuos pasaban la mayor parte de su vida montados en sus ligeros caballos; pero en tiempo de Justiniano eran insuficientes las defensas existentes, mientras las obras nuevas que debian completarlas estaban por construir todavía, y cuando se construyeron fué parcialmente y con mucha lentitud, porque no habia recursos pecuniarios suficientes para emprenderlas todas a la vez y dejarlas enteramente concluidas. A esto se agregaba la falta de suficiente número de tropas, que apoyándose en estas plazas y puntos fortificados operasen enérgicamente y con rapidez, ya atacando ya rechazando a los bárbaros. Las grandes guerras en los extremos del imperio necesitaban el concurso de toda la fuerza armada, y el carácter receloso y desconfiado de este monarca autócrata, además de sus antiguas preocupaciones militares, no le permitia encargar la defensa del país a los mismos habitantes, organizando milicias provinciales. Todo esto redundó en grandísimo daño de las provincias y comarcas septentrionales como mas a la merced de las hordas eslavas, que juntas con los búlgaros, mas prácticos y mas organizados para las guerras de invasion, extendieron sus correrías terroríficas por todo el país indefenso hasta las puertas de Durazo en Albania y de Salónica en la Macedonia. Alguna vez consiguieron tambien sorprender una ciudad fortificada, como sucedió en 551 con la de Toperos; y entonces repitieron los horrores y devastaciones que los pueblos cultos de la Europa romana habian sufrido en los peores períodos de la invasion de los bárbaros. En 559 por poco sorprendieron al mismo Justiniano en su capital. Habiendo ya llegado dos inmensas columnas de eslavos y búlgaros, capitaneados por el Khan Zaber, casi cerca de los muros de Constantinopla, se consiguió derrotarlas y rechazarlas junto al Quersoneso, mientras una tercera columna fué a estrellarse contra los defensores de las Termópilas.

Esta situacion angustiosa tomó un carácter mas lóbrego desde el año 562, durante el cual en la antigua Dacia y la Pannonia, que así seguian llamándose en Constantinopla estos dos países perdidos hacia mucho tiempo y ocupados por hordas bárbaras, se presentó un nuevo elemento bárbaro de raza finesa-rural, con el cual se habian amalgamado tribus turcas afines. Este pueblo, procedente de las llanuras bañadas por el Mar Negro, era el de los *avares*, guerreros feroces, que en 566 ó 567 en union con los longobardos exterminaron a los gépidos, pueblo godo, y ocuparon su territorio. Desde allí extendieron sus dominios al Este y Oeste, imponiendo su pesadísimo yugo a eslavos y búlgaros, siendo para el imperio bizantino, durante un periodo de 70 años, los enemigos mas temibles, mas feroces y mas sanguinarios y acaudillando desde su llegada todos los ataques é invasiones que en este período dirigieron las hordas bárbaras a las provincias de la península balcánica, regada sin cesar desde mas de tres siglos por rios de sangre.

A la muerte del emperador Justiniano I, ocurrida el 14 de noviembre de 565, habia adquirido el imperio bizantino su mayor extension. Las órdenes del gobierno imperial eran obedecidas desde el Atlas, las playas africanas del Atlántico y las costas de la península ibérica, donde sin embargo Atanagildo a su subida al trono visigodo en 554, habia empezado ya a dirigir sus armas contra las provincias sometidas a Constantinopla, hasta el curso medio del Eufrates en Asia. El Norte de Africa con Cartago era otra vez provincia valiosa del imperio, bien que inquietada en sus comarcas interiores por las tribus moras que en sus veloces y sufridos caballos desaparecian tan pronto como se les iba a atacar, segun tenian por costumbre desde el primer dia del dominio romano que jamás habian admitido. Italia, cuna del grande imperio romano, y las islas grandes y pequeñas del Mediterráneo, gozaban otra vez la dudosa dicha de verse libres del yugo, blando pero odiado, de los godos arrianos, y volvian a estar unidas al imperio que todavía se llamaba con ostentacion orgullosa imperio romano. El Asia Menor, la Siria y el Egipto, es decir el Oriente romano, sometido al imperio desde el tiempo de Pompeyo, volvieron a constituir los territorios mas apreciados y mas seguros de los emperadores de Constantinopla. Todo este vasto imperio, a la verdad despojado de la mayor parte de la península ibérica, de la Galia, de la Bretaña y de las antiguas provincias de la cuenca superior y media del Danubio, presentaba todavía, mirado en globo, la fisonomía romana de la época de los últimos Césares, a pesar de los cambios introducidos en su organismo desde el reinado de Constantino el Grande.

Para nosotros, acostumbrados a ver constituidas las entidades políticas en su mayor parte sobre el principio de las nacionalidades, y que hemos tenido ocasion repetidas veces de apreciar la fuerza inmensa que este principio es capaz de desplegar en circunstancias y momentos dados, es difícil comprender la existencia, vitalidad y espíritu de un cuerpo político como este imperio bizantino sin nacion dominante y de consiguiente sin vigor ni empuje nacional que hubiese servido de alma y núcleo a la colectividad. Esta falta de nacionalidad, que se manifestó cada año mas, desde la muerte de Constantino el Grande, y a la cual contribuyó tambien el derroche que desde siglos se habia ido haciendo de las fuerzas de los pueblos romanizados, en especial de las provincias llamadas en el imperio romano *ilíricas*, es lo que mas resalta en toda la historia del imperio bizantino. Desde Justiniano I se habian avanzado los límites del imperio hasta el Algarbe lusitano, hasta Tánger en Africa, hasta los Alpes marítimos y hasta las barrancas del Adige. Entonces comprendia el

imperio una mezcla heterogénea de las ramas mas diversas de las razas latina, helénica, semítica, berberisca y egipcia, bien que estas tres últimas razas, desafiaban entonces como antes y como siempre toda fusion con otras. Así era grande el contraste en países como la Siria, entre la poblacion rural semítica y la griega de las ciudades, y en muchas de estas entre el pueblo bajo semítico y las clases griegas mas elevadas. En Egipto sucedia lo mismo, concentrándose la vida griega pura, el comercio y el gobierno en la ciudad de Alejandría. De las tribus moras del Africa septentrional hemos hablado ya, y lo mismo de las provincias septentrionales de la península balcánica, donde desde el reinado del emperador Probo habia ido sucumbiendo la poblacion antigua exterminada por bárbaros de toda clase, mientras estos estableciéndose en el país habian dado lugar a una poblacion indescriptible é inclasificable.

Con semejantes condiciones se nos presentan el imperio bizantino y su administracion y gobierno, sin nacion bizantina, como una obra artificial, pero maestra, acabada y admirable. Aun despues del emperador Leon III, cuando ya no formaban parte del imperio casi ninguna provincia semítica, ni africana, ni de las europeas ninguna de las romanizadas, cuando el imperio habia quedado reducido poco menos que exclusivamente a territorios realmente griegos ó enteramente grecoeslavos, no dieron ni los emperadores ni nadie importancia alguna ó acaso la dieron muy insignificante a lo que hoy llamamos elemento nacional; y por esto no sorprende ver ocupado el trono bizantino hasta mediados del siglo XI, ó sea hasta la extincion de la dinastía de los Basílios, por emperadores de origen bárbaro, de razas romanizadas, asiáticas ó greco-eslavas, a excepcion de la emperatriz Irene, hija de Atenas, única soberana del imperio bizantino de raza griega pura. Solo las últimas dinastías, los Comnenos, de los Ducas, los Angelos y los Paleólogos son griegas y proceden como tales, cuando se ve invadido y paulatinamente transformado su imperio por el principio germánico feudal, que en tiempo de Justiniano ni siquiera se conocia como institucion social ni política.

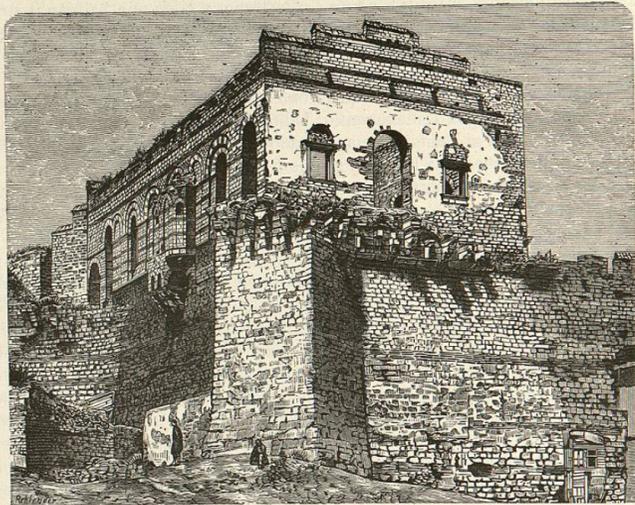
Hasta la aparicion de esta nueva forma social, trabajaron los emperadores de Constantinopla en el sentido político de los últimos emperadores romanos, procurando, con afán cada dia mayor, conservar y aumentar el territorio y el número de sus habitantes y súbditos, sin cuidarse de su origen, a cuyo fin hicieron ingresar en el imperio sucesivamente por espacio de siglos innumerables masas de elementos extranjeros, despues de someterlos por las armas, confiando en que el imperio, a ejemplo de la Roma de los Césares, se los iria asimilando. Así fueron admitidos pueblos enteros búlgaros y eslavos, fineses y turánicos de todas las ramas; tribus y grupos menores germánicos; armenios, persas, árabes y turcos, para llenar los enormes claros que abrian en la poblacion del imperio las grandes catástrofes y los cataclismos continuamente renovados, empleándose de parte del gobierno todos los recursos que tenia a su disposicion para asimilarse estas grandes masas despues de haberlas domeñado con las armas. Facilitaba este trabajo la poca ó ninguna cohesion nacional fuera del lazo del idioma que tenian los pueblos bárbaros, que eran distribuidos en provincias distantes y adictas al imperio, mientras se establecian colonos de razas anteriormente asimiladas entre los nuevamente sometidos que no podian ó no querian ser trasladados a otras provincias lejanas. A estos medios generosos de asimilacion se agregaban otros mas sutiles y mas eficaces, como la influencia de la civilizacion bizantina; la propaganda religiosa de la iglesia anatólica; la disciplina y el espíritu militar para los que entraban en los cuadros del ejército y los que tenian contacto con las tropas; la ad-

mision del idioma griego, que era tambien el de la iglesia, ambas cosas indispensables para ponerse en comunicacion con los demás habitantes a contar desde el siglo VI, y no menos necesarias para contraer lazos matrimoniales entre los nuevos ingresados y los habitantes antiguos, así como para ser admitido en la administracion civil y militar del imperio.

La asimilacion solo podia conseguirse si se mantenian vivos é incólumes estos elementos y aparatos absorbentes y digestivos, es decir las tradiciones, instituciones é idioma existentes, y a esto tendieron todos los esfuerzos de los gobiernos bizantinos hasta mediados del siglo XI. Solo así les era posible hacer frente a los no interrumpidos ataques de enemigos bárbaros y civilizados que amenazaban ya provincias fronterizas determinadas, ya la existencia misma de todo el imperio. Tan sólidamente estaba en efecto establecida esta base fundamental del imperio bizantino, que en nada cedia a la organizacion del imperio de los Césares romanos, y en uno como en otro pudo resistir malos gobiernos, cataclismos y crisis que habrian destruido otros organismos sociales y políticos. Sin el trabajo incesante é invasor del feudalismo del Occidente, y sin los errores y la completa nulidad de los emperadores de la casa de los Angelos, jamás habria sucumbido el imperio de Oriente, ni Enrique Dándolo habria conseguido su fatal victoria en el año 1204 en union con los nobles de Lombardia, de Borgoña, de Champaña y de Flandes.

El principio fundamental que prestaba tan gran fuerza cohesiva y resistente a todos los ataques y elementos destructores, no menos gigantescos, principio al cual apelaron todos los grandes regentes, emperadores ó ministros del imperio bizantino hasta el gran Alejo I Comneno, y despues todavía una vez mas el terrible Andrónico I Comneno, fué la centralizacion llevada hasta su último extremo. Ella fué el remedio heróico y supremo al cual acudieron siempre que las circunstancias exigieron grandes reformas y medidas enérgicas; de modo que lejos de ser la centralizacion efecto de una petulancia de gobernador, querer hacer sentir su autoridad hasta el último rincón del imperio é intervenir en todas las manifestaciones de la vida de los súbditos, hasta en las renovaciones de miserables chozas en las últimas aldeas fronterizas, era resultado de un sistema que tendia a trabar sólidamente la organizacion interior entre todas las partes del imperio, entre las provincias mas lejanas y el gobierno central, y facilitar a éste a cada instante la inspeccion del conjunto y de cada detalle, y los medios de disponer de todos los inmensos recursos del vastísimo territorio para acudir con ellos a donde conviniera en momentos críticos. Esta política estaba admirablemente apoyada por la situacion topográfica inmejorable de la capital haciéndola emporio natural del comercio del Oriente y del Occidente, mientras sus condiciones militares, tanto para la defensiva como para la ofensiva, no tienen iguales en el mundo como residencia de gobierno y centro de administracion de un vasto imperio. Efectivamente la historia de nueve siglos, desde Justiniano I hasta la entrada victoriosa del tatan turco Mahomet II en las calles inundadas de sangre de Constantinopla, demuestra el acierto y preclaro talento de Constantino el Grande cuando eligió para residencia y capital del imperio oriental aquel punto de la península entre el famoso brazo de Mar conocido por el Cuerno de Oro y el Mar de Mármara. La posicion de la antigua Bizancio de los dorios, atraídos allí por la gran abundancia de pesca en aquellas aguas; la facilidad de establecer depósitos de trigo de los países ribereños del Mar Negro, y la de cobrar un derecho a todos los buques que pasaran el Bósforo, eran ventajas inapreciables que heredó de golpe la nueva capital del gran Constantino. Desde entonces se demostraron muy

pronto y en infinitas ocasiones las asombrosas ventajas estratégicas y político-administrativas de aquella posición, inmejorable para centro de un imperio que se extendía sobre los tres continentes conocidos entonces, Europa Asia y Africa, é igualmente inmejorable para las guerras ofensivas que para la defensiva. Constantinopla, emporio universal del comercio y plaza de armas como jamás conoció otra tan formidable toda la Edad media, ofrecía además, mientras fué capital del imperio bizantino, hasta los días de luto y de sangre de la conquista por los venecianos y franceses en el año 1204, el atractivo de las mayores bellezas que jamás han producido la naturaleza y el arte reunidos, y que ejercían una influencia igualmente embriagadora sobre los bárbaros que sobre los pueblos civilizados. Las verdes orillas y las colinas pintorescas de aquella costa, el mar azul, á lo lejos el vistoso panorama de las montañas de Bitinia en el Asia Menor, formaban el marco mágico de la capital que con sus fábricas magnífi-



Restos del Hebdomon

cas, deslumbradoras, y sus espléndidos monumentos daba muestras del genio de su fundador Constantino. Además de los palacios suntuosos de los emperadores, de los monumentos religiosos gigantescos que á contar desde el siglo VI se construyeron sucesivamente, contenía la gran capital en tan gran número las obras mas nobles del arte y del saber de la mejor época del pueblo griego, que los terribles incendios que sufrió en los años 465 y 476 solo pudieron destruir una pequeña parte de sus riquezas.

Entre los monumentos antiguos que hoy existen, conservados ó en ruinas, además de las murallas que rodeaban la ciudad bizantina y además de las ruinas de los palacios imperiales y de otras fábricas, son notables varias iglesias, de las cuales nos reservamos hablar mas adelante en particular, y algunos otros monumentos levantados en los primeros siglos de la capital de Constantino, como por ejemplo la *columna quemada*, de pórfido, construida por Constantino el Grande, y revestida en espiral de relieves al estilo de la

de Trajano. Levantábase en el centro de la gran plaza del Mercado, y fué desnudada de sus relieves de bronce por un rayo. Merecen tambien una mencion especial la llamada *columna de serpientes* y el obelisco que se encuentran en la plaza llamada hoy de Atmeidan, que fué en tiempo de los emperadores bizantinos el hipódromo, en el cual ocupaban los dos focos de la elipse. La columna de las serpientes fué trasladada por Constantino el Grande desde Delfos á su nueva capital, y es de bronce, figurando tres serpientes formando hélice y que sostenían en sus cabezas un trípode de oro, ex-voto de los griegos al templo de Apolo en Delfos por la victoria de Platea. Esta columna fué utilizada segun parece por el emperador para distribuir el agua para el riego del hipódromo. El obelisco fué llevado á Constantinopla desde Egipto por orden del emperador Teodosio I, y erigido en el hipódromo en el año 390 por Proclo, prefecto de Oriente. Es un monolito de granito sienítico, gris rojizo, y mide aproximadamente 30 metros de alto por 2 metros de ancho en su base. Los jeroglíficos que le adornan dicen que fué erigido en la ciudad del Sol, Heliópolis, hoy Balbek en la Siria, por el faraon Tetmutis III, que reinó desde el año 1599 hasta 1560 antes de nuestra era. El zócalo de mármol que

El palacio principal de los emperadores bizantinos estaba situado en la parte oriental de la ciudad: era obra del gran Constantino y se componía, como despues el Serrallo de los sultanes, de gran número de edificios con pórticos, plazas, patios interiores y jardines. Además había en varias partes de la ciudad otros palacios imperiales menores, como el célebre de Magnaura que estaba al parecer situado á la inmediación del palacio principal, en el lado oriental del foro de

sirve de base al obelisco, presenta escenas de la corte del emperador Teodosio I y de su familia, funciones del circo y la operacion de la ereccion del obelisco.

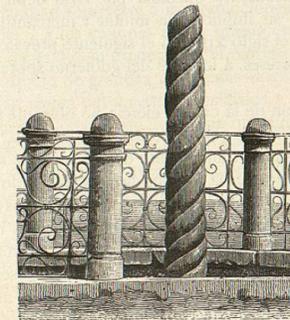
Desde la fundacion de la ciudad fué sin cesar en aumento la poblacion de Constantinopla, tanto que á principios del siglo V pasaba ya de medio millon de almas, para cuyo albergue se habían ido construyendo nuevos arrabales al Norte del Cuerno de Oro y al Oeste de la puerta de Oro y de la muralla de Constantino, es decir, desde el Fanar de hoy hasta el Vlangobostan. Para la seguridad y defensa de estos nuevos barrios construyó el célebre prefecto Antemio en 413 en el reinado de Teodosio II grandes fortificaciones del lado del mar y una segunda muralla formidable del lado de tierra, que fué renovada y reforzada todavia mas en 439 y otra vez en escala mayor en 447 despues de haber sufrido grandes desperfectos por terremotos; de suerte que había una doble hilera de murallas y baluartes con 118 torres imponentes en una longitud de 4,950 metros, defendidos además por un foso de 20 metros de ancho que se llenaba y vaciaba á voluntad por medio de compuertas. Esta formidable línea defensiva arrancaba donde hoy está Yedicule y antiguamente el *Hep-tapirgion* á orillas del Mar de Mármara; pasaba por el *Hebdomon*, hoy Tekfur-Serai, y concluía en Balat-Capusi, á orillas del Cuerno de Oro. Entre la muralla exterior y la interior había un espacio de 18 metros de ancho y la muralla interior que se elevaba segun los puntos de 15 hasta 20 metros, dominaba la exterior, mucho mas baja. Cuando se construyó esta segunda muralla había llegado la ciudad á su mayor extension; ocupaba 7 colinas, constaba de 14 distritos; su perimetro era de 5 horas y media; su eje longitudinal medía 14,075 piés, y su anchura mayor 6,150 piés.

Posteriormente, en la primera mitad del siglo VII el emperador Heraclio añadió un nuevo distrito á la ciudad, para cuya defensa alargó la muralla desde el Hebdomon en direccion Noroeste, concluyendo tambien en la orilla del Cuerno de Oro, pero en el punto donde hoy está la puerta llamada de Aivan-Serai-Capusi. Este nuevo trecho de muralla recibió 20 torres y fué reforzado como todo el resto considerablemente en tiempo de Leon V desde el año 813 hasta 820. Despues el emperador Teófilo, que reinó desde el año 829 hasta 842, levantó tambien baluartes formidables con sus correspondientes torres á orillas del Mar de Mármara y del Cuerno de Oro, y además de restaurar y perfeccionar las murallas del lado de tierra, dejó completa la defensa de la capital, que para los medios aun los mas adelantados de que podían disponer los enemigos del imperio bizantino hasta el año 1204, era realmente invencible, y muchísimo mas cuando la artillería griega había sido aumentada con la nueva arma del llamado fuego griego de efecto verdaderamente terrorífico. Por tierra ofrecía Constantinopla solo el lado ceñido por las murallas descritas; y el enemigo que queria atacarla por mar, había de pasar por los Dardanelos ó el Bósforo, dos estrechos que naturalmente estaban defendidos por obras imponentes. Si conseguía forzar estos pasos, encontraba las formidables fortificaciones de la ciudad y del Cuerno de Oro, verdadero brazo de mar interior, sin contar la escuadra griega. Rendir la ciudad por hambre habría exigido fuerzas, gastos y tiempo fuera de toda proporcion, atendida la situacion topográfica y marítima de Constantinopla; y cuantas veces se emprendió esta tarea, resultó irrealizable, y solo proporcionó á los bizantinos otras tantas ocasiones de aniquilar al pié de sus murallas y baluartes las fuerzas mas imponentes de sus enemigos mas valientes y mas astutos, y luego la de reconquistar y reorganizar su ya perdido imperio.

Sin mas que tomar á Constantinopla en el año 1453 con-

siguieron los turcos basar sólidamente su poder en Europa y dictarle la ley durante mas de dos siglos.

Si admirable era la situacion de Constantinopla bajo el punto de vista militar, no lo era menos, segun ya dijimos antes, bajo el aspecto administrativo y de gobierno interior, y aun hoy mismo facilita la conservacion de un imperio dilatado bajo los gobiernos débiles de los sucesores de Osman. El Cuerno de Oro, puerto famosísimo ya en los tiempos de las tribus griegas primitivas, no tiene igual en el mundo, porque admite escuadras de los mayores buques acorazados



La columna salomónica

con espacio para moverse y maniobrar á sus anchas sin ningun obstáculo ni peligro naturales, lo mismo que admitió en los tiempos antiguos las trirremes de los atenienses y los dromos bizantinos. Por otra parte se encuentra situado en el punto por donde pasan las rutas marítimas de todas las bocas de rios y puertos del Mar Negro y de Azoff al Mediterráneo y vice-versa. Esta era una circunstancia importantísima para el comercio de la antigua Bizancio, como hoy lo es para la moderna Constantinopla; y en la antigüedad y en la Edad media especialmente era la vía de comunicacion del Mar Negro y de Alejandría por donde se hacia el comercio principal con el interior del Asia, y con el Mar Rojo, el Océano indico y las costas mas ricas del Africa, además de los puertos del Mediterráneo. Para la integridad, la administracion militar y civil, y el comercio del imperio, no era menos ventajoso que la capital fuese el centro y depósito natural de sus provincias europeas y de Levante, y al propio tiempo crucero de todas las grandes y principales calzadas del imperio, entre las cuales era la mas importante además de la antiquísima vía romana llamada Egnacia que iba desde Durazo en el Adriático á Salónica y al Bósforo, la que pasaba por la Servia siguiendo la cuenca del Morava, atravesaba los desfiladeros de Succ, famosos ya en la antigüedad, el valle del Hebro y finalmente por el de Adrianópolis conducía hasta las puertas de Constantinopla. La gran arteria de comunicacion por la cual dominaban los emperadores desde su capital sus provincias asiáticas, atravesaba diagonalmente desde la orilla opuesta, el Asia Menor, y despues de pasar por los desfiladeros difíciles de Cilicia, se bifurcaba, dirigiéndose uno de los ramales á las cuencas hidrográficas de la Mesopotamia, y siguiendo el otro por la costa de la Siria hasta el delta del Nilo.

Ocioso es decir que todos los emperadores se aplicaron con exquisita solicitud á utilizar y asegurar tan inmensas ventajas en todos los conceptos posibles, pero sin descuidar por esto las provincias, aunque la mayor parte de los historiadores bizantinos tratan preferentemente de la historia de la capital. No hay que creer tampoco que Constantinopla